

Diario de una muchacha nazi

Artículo de la revista Selecciones



Diario de una muchacha nazi

Artículo de la revista Selecciones

Noviembre 1945

Diario de una muchacha nazi

Tomado íntegro de la revista Selecciones, de noviembre de 1945, y condensado de un documento oficial del ejército norteamericano. Resulta ser el diario de María Biergan, una joven de diecisiete años que vive en Monschau, Alemania, en el cual se leen una serie de cartas que le escribe a su novio que servía en las SS.

Monschau

7 de octubre de 1944

Creo que ya no habrá en la vida pena que me conmueva después de haber visto entrar aquí a los norteamericanos.

Si pudiese saber siquiera dónde estás, Pedro, creo que me sentiría mejor. Ayer supe que nuestra amada Colonia ha vuelto a ser víctima de los cobardes y despiadados ataques aéreos. Sí, mi querido Pedro, poco a poco me voy dando cuenta de que esta guerra por nuestro sagrado derecho a la vida no es una contienda leal del valor contra el valor, sino una desapareja y abominable guerra de materiales. Ninguna culpa tenemos los pobres alemanes de no contar con un país tan rico como los Estados Unidos. Tampoco tenemos la clase de carácter que se necesita para explotar de tan ruin manera a pueblos pequeños y desamparados.

Aquí los norteamericanos no han avanzado ni un paso, a pesar de sus incesantes bombardeos. Solo podemos sacudir una y otra vez la cabeza, mientras decimos: *“Evidentemente, no hay mejor soldado que el alemán.”* La cobardía de los norteamericanos es sencillamente indescriptible.

8 de octubre de 1944

Hoy brilla el sol en un espléndido cielo azul. Hermoso día, si no fuera por las continuas explosiones de las granadas, el zumbido de las bombas cohetes y el sordo retumbar de los cañones. Los alemanes se defienden con valor sobrehumano de los ataques en masa: pero, por desgracia, tienen que ceder terreno palmo a palmo.

Pedro querido, ¿qué hemos hecho para merecer esto? ¿Acaso no ha trabajado Alemania sin descanso y con la más recta de las intenciones? ¿Todo habrá de ser en vano?

No, Pedro, no. Siento que nosotros, los jóvenes que por tan amarga prueba estamos pasando, seremos duros como el hierro; nuestro destino es continuar la lucha por el ideal de nuestro insustituible caudillo. Cuando todos lo hayan abandonado, podrá él contar todavía con la juventud. Nosotros nunca lo traicionaremos. Tal vez la suerte vuelva a sernos favorable y llegue a permitirnos, quien sabe cómo, desfilar bajo el Arco de Triunfo.

No temas, Pedro, que los últimos reveses hayan convertido a tu novia en una criatura sin juicio, o en una vieja llorona. Por el contrario, mi calma desconcierta a las personas de mi familia, que tan nerviosas están. ¿Llorar? No, ni siquiera pienso en eso. Puede ser que no me ría tanto como antes pero conservo el buen humor, gracias a Dios.

9 de octubre de 1944

Hoy no hay tanto tiroteo. Dentro de unos minutos iré a la ciudad para enterarme de las últimas noticias en el Club Heimatstreue (Fiel a la Patria) Debo confesarte que me avergüenzo de ser mujer. Soy la única que hay en el club. Siempre que pienso en esto, me siento furiosa conmigo misma. Pero una puede confiar a ciegas en los del club. Todos ellos son jefes de la Juventud Hitleriana.

Pedro, los pobres alemanes han sido siempre víctimas de un destino cruel. Demostraremos, sin embargo, que somos dignos de nuestros antepasados. Una de las cosas por las que odio a los norteamericanos es porque muchos de ellos son alemanes renegados.

10 de octubre de 1944

Pedro, la vileza de mis queridas vecinas de pueblo y antiguas compañeras raya en lo indecible. Uno de los fieles oyó ayer, por casualidad, que dos muchachas de la directiva de un club, que viven ahora en Monschau, estuvieron bailando con norteamericanos. Es una bajeza que no tiene nombre.

Hoy fue un día espantoso. Las ametralladoras tableteaban por todas partes. Parecía una lluvia de chispas acompañada por los agudos silbidos de las balas. Todavía no hemos salido de lo peor, Pedro. Por nuestros bosques vagan dispersas las tropas de defensa. Escuadrillas de bombarderos norteamericanos cruzan constantemente; y ahora vuelan muy bajo.

Esta noche hemos comentado en el club el discurso del Dr. Goebbels. Nunca le perdonaré haber dicho que los habitantes del territorio ocupado por el enemigo hemos dejado de ser alemanes y que, al permanecer aquí, nos hemos entregado a los norteamericanos. En el club todos estábamos furiosos. ¿Adónde podíamos ir? ¿Acaso al Rin, exponiéndonos al terrorífico bombardeo enemigo?

Pedro, ahora me doy perfecta cuenta de la gran dicha que supone poderse llamar alemán. Ser alemán equivale a luchar. Nuestro club ha quedado reducido a tres personas: dos compañeros y yo.

Acabo de saber que los norteamericanos presentaron a los defensores de Aquisgrán un ultimátum: si a las diez no se han rendido, la ciudad será destrozada por bombardeo aéreo y fuego de artillería. ¿Se rendirán las tropas de defensa? Todavía sigo creyendo que no. Es verdaderamente horrible que Goebbels nos llame traidores, solo porque queremos seguir siendo alemanes.

11 de octubre de 1944

Esta mañana la artillería norteamericana dispara ferozmente y sin plan. Los colosales cañones retumban por todas partes y enormes nubes de polvo se elevan al cielo. ¿Qué hará Aquisgrán?

13 de octubre de 1944

Siento no haber podido terminar mi carta de anteayer. Tuvimos que salir todos de la casa. Estaban buscando soldados alemanes. Esta mañana, apenas habíamos regresado, tres norteamericanos entraron de nuevo, fusil en mano, y registraron todas las habitaciones. Tenemos que abandonar nuestra casa dentro de media hora.

16 de octubre de 1944

Nos han dado un departamento en la calle de Laufen. No nos gusta ni pizca. Los vecinos de esta barriada eran muy pobres y falta en ella hasta lo más indispensable.

¿Dónde estás hoy, día de tu cumpleaños, Pedro querido? Si supiera que estabas, como otros de tus compañeros, viviendo en los bosques cercanos, iría a buscarte.

Duisburgo y Aquisgrán han corrido una trágica suerte. ¿Ocurrirá lo mismo a la espléndida Colonia y a otras de nuestras hermosas ciudades? No hay que pensar en ello. Es demasiado espantoso. Todo hay que dejárselo al tiempo y al destino. No está a nuestro alcance cambiar las cosas. Lo único que podemos es mantenernos firmes y esperar. Sin duda, tu padre te reñiría si le hablaras de firmeza y esperanza. Lo digo, porque yo tengo que librar un combate diario con mi familia a causa de esto.

17 de octubre de 1944

Hoy he hablado con un soldado de las tropas de defensa que estuvo prisionero. Lo habían reclutado hacía solo dos semanas. ¡Qué suerte si un día fueses tú quien, de este mismo modo inesperado, se presentara ante mí!

Hoy he vuelto a casa y me he llevado la radio. Es pequeñita, de fabricación francesa. Figúrate que por poco piso una mina enterrada. Un norteamericano me salvó la vida. Querido Pedro, cuantos más soldados de las tropas de defensa vienen por aquí, tanto mayor es mi deseo de volver a verte. Colonia, mi Colonia. ¿Acaso no existe ya justicia en el mundo que castigue a los culpables de semejante crimen? ¡Nuestros corazones claman venganza!

Uno de *nuestro grupo* supo ayer que varios jefes de la Juventud Hitleriana han sido llevados a Francia para hacer trabajos de descombro. Antes de dejarme llevar así, desertaría.

19 de octubre de 1944

¿Qué me dices del *ejército popular alemán*? Aquí lo califican de crimen y matanza al por mayor. En mi opinión es la señal más clara de que no disponemos de nuevas armas. Pedro, el corazón se me hace pedazos al pensar que tantas proezas y tantos sacrificios de nuestros jóvenes durante estos años han sido en vano. No, no es posible, Pedro. ¡¿Qué sería entonces de nosotros, la juventud?!

Una ametralladora pesada alemana ha empezado a disparar de nuevo hace un instante. La lucha es muy reñida en los bosques de Eiffel. Los norteamericanos llegan hasta allí pero no pasan. Si nuestros soldados tuvieran los elementos con que cuentan estos manganzones, se pondrían de un salto en los Estados Unidos. Estos tipos no son soldados, sino bailarines de jazz. Lucha y avance son para ellos palabras vacías de sentido. Ojalá podamos darles todavía otra buena paliza.

Pedro, cuando pienso en el tiempo que pasamos juntos en Monschau, no acierto a comprender por qué tenía que acabarse tan pronto aquella época maravillosa. ¿Qué se ha hecho de la compasión humana? La humanidad no se apiada de dos criaturas desgraciadas. Pero ¿qué estoy diciendo? No queremos piedad. Vivir es luchar. Ser alemanes es ser fieles y yo permaneceré fiel a la obra y propósito de estos años. Criaré a mis hijos, inspirándoles los mismos principios, lo juro.

21 de octubre de 1944

¿Por qué no podemos seguir siendo alemanes, querido? En Monschau no quedan ya más que tres leales. ¿No te parece aterrador? La juventud está desmoralizada. Les dan cigarrillos norteamericanos a los jóvenes de quince años, les enseñan a fumar. ¿No te duele el corazón al saberlo, Pedro? ¿Qué ha sido de nuestros ideales y de la moral de la juventud alemana?

Dos norteamericanos separaron ayer de su hijito a nuestra antigua jefa de escuadra y se la llevaron en automóvil. Quieren que les diga adonde han ido el administrador del distrito y todos los demás funcionarios. Pero ella jamás lo dirá. Tal vez uno de estos días me llegue a mí el turno de ser interrogada. Mira lo que les diré: "*Marchó a Aquisgrán y es fácil reconocerlo porque ha perdido las dos piernas.*" Mentiré, pero eso carece de importancia.

27 de octubre de 1944

Ayer se desató el infierno. Las ametralladoras disparaban sin cesar, el cielo estaba rojo y tronaban la artillería y los nuevos cañones de los tanques norteamericanos. En medio de aquel ruido infernal se oía el zumbido de nuestras bombas cohetes. Era indescriptible.

Hoy tenemos que ir a las oficinas del gobierno militar. Es muy probable que sea la última vez que nos permitan volver a casa. Ya sabes que tarde o temprano los norteamericanos acaban por mostrar el cobre.

28 de octubre de 1944

Pedro, todavía estoy pálida como una muerta. Conseguimos permiso de pasar una hora en nuestra casa. En la oscuridad tropecé con algo que estaba en el suelo. Sentí inmediatamente que era un cuerpo humano, y se me heló la sangre. Necesité de todas mis fuerzas para reprimir un grito. Al fin encontré unos fósforos y mis sospechas quedaron confirmadas... un alemán muerto. ¡Horrible! Las facciones del soldado estaban completamente desfiguradas. En el primer piso encontramos un herido. Por él supimos lo que había pasado. Algunos de nuestros soldados, que se habían parapetado detrás de la casa, tenían un hambre feroz y entraron con intención de aplacarla. Poco después oyeron voces en el piso bajo y súbitamente aparecieron ante ellos unos cuantos norteamericanos. Bien puedes imaginar la escena que siguió. Los cerdos aquellos cargaron con tres cajas de vino y no dejaron nada en armarios y alacenas, todo estaba en el suelo. Habían regado jugo de frambuesa por dondequiera, y la ropa blanca, en revuelto montón, yacía en un pozo de aquel jugo. Algo espantoso, te digo. ¡Cerdos cobardes! Destrozaron el escritorio con un hierro de la estufa. Es sencillamente increíble.

Pedro querido, tengo que pedirte una cosa. Tú eres soldado ahora y estás luchando con las implacables tropas de defensa. Hazme este favor, Pedro: cuídate de las casas ¡Si tienes hambre, entra en alguna de ellas, toma algo que comer, pero márchate en seguida! ¿Me entiendes? ¡Casos como el que tuvimos aquí son horribles!

29 de octubre de 1944

Cada cuarenta minutos rasga los aires con su infernal zumbido una bomba cohete. Van dirigidas a Bruselas y Lieja.

Ha vuelto una muchacha de la vecindad que fue herida hace seis semanas. Probablemente tendrá que guardar cama dos o tres meses. Tenía un fragmento de metralla en la pierna derecha. Justamente encima de la rodilla. Como no hay corriente eléctrica ni en Monschau ni en Eupen, la Cruz Roja norteamericana la llevó a Welkenraeth, en Bélgica. Allí la examinaron con los rayos X, vieron que tenía rota la pierna y se la enyesaron. Luego dejaron que la pobre muchacha se consumiera de fiebre. Dos días después la trasladaron a un hospital de campaña norteamericano, en Hombourg. Luego la llevaron a Bruselas donde sufrió el odio de los belgas y el terror de nuestras bombas cohetes.

¿Dónde puedes estar, Pedro? ¿Te llegarán alguna vez estas notas?

Pedro, ¡quiero seguir siendo alemana! ¡Tengo que seguir siéndolo! Si el arma nueva resultara... Aún podría sálvanos. ¿No crees tú que toda esta desgracia debe pesar sobre la conciencia de los traidores? ¿Cuántos, día tras día, se han pasado al enemigo, faltando a sus deberes con la patria? Me enfermo sólo de pensarlo, querido. Pero hay que tener valor y voluntad de seguir peleando. Vivir es luchar. Me inspiro en este pensamiento y lo uniré a las palabras con que le despediste de mí: “*¡Sé valiente!*”

1 de noviembre de 1944

Cuando esto acabe, habremos perdido cuanto teníamos; pero hay una cosa que no pueden quitarnos, y es el modo de pensar y vivir que enseñaron a nuestra juventud. Eso está incrustado en nuestros corazones. ¿Acaso no hemos crecido luchando? ¿Comenzaremos la nueva vida inspirados en los viejos principios? Hay que ser optimistas y confiar en que vendrán mejores días para Alemania.

3 de noviembre de 1944

Ahora nos dan bastante carne (un kilo por persona a la semana) pero temo que cuando llegue el invierno, vamos a morir de hambre. La cosecha de papa no ha sido recogida aún. He tenido que esperar cuatro horas para conseguir un pan. ¿No te parece tremendo?

Acabo de oír las noticias de las cinco. Tienen muy mal cariz. Yo sigo creyendo en la victoria alemana y tengo muchas discusiones con mi familia por esta causa.

Estoy segura de que mi madre cambiará de parecer algún día. Tal vez acabe por abrir los ojos y ver lo que pasa. Vivir en nuestro tiempo es luchar. Debería haberme marchado de aquí hace mucho tiempo.

5 de noviembre de 1944

Estoy siempre con hambre. El pan y la mantequilla son cada día más escasos. Me pongo furiosa cuando pienso que nuestros enemigos pretenden gobernar a Alemania y suprimir el uso de nuestra antigua y hermosa lengua. ¿Por qué tenemos que soportar todo esto? Sólo porque ciertos individuos se pasan la vida mintiendo e inventando historias. Yo no dejo ni un instante de confiar en nuestro buen soldado alemán que es el mejor del mundo. El enemigo dispone de recursos enormes, pero sus soldados tienen

miedo, cosa que no le ocurre a los nuestros. Esta es una guerra de materiales. ¿Cómo vamos a resistir a quienes los tienen en tan avasalladora abundancia?

Esta mañana me despertó una bomba V1. Pasó muy cerca y a los pocos minutos oímos una explosión tremenda que sacudió toda la casa, abriendo puertas y ventanas. Debe haber caído cerca de Eupen. Ojalá haya dado en el blanco a que iba destinada. Adonde quiera que mires ves aviones en el aire. ¡Qué desgracia para nuestros pobres muchachos y para todas estas lindas ciudades!

8 de noviembre de 1944

Ya no puedo sufrir más a la familia. Anoche tuve una pelea en la mesa, sólo por haber dicho que *seguía con hambre*. “*Deberías ver al médico*”, contestó mi hermano. La abuela dijo algunas cosas sarcásticas. “*Ahora clama por tu Hitler y su pandilla, pero de nada te servirá, porque ya está llegándoles la hora.*” No pude aguantar más y salí del comedor.

Hoy hemos tenido aquí un tiroteo bastante grande. ¿Crees que el *Führer* hablará esta noche? Si lo hace, espero que no apaguen la radio de la casa porque tengo muchos deseos de oírlo. Quisiera ser hombre para pelear por mis ideas.

9 de noviembre de 1944

Hoy está nevando. Otros años nos divertíamos de lo lindo, pero ahora no podemos salir a la calle ni nos permiten utilizar el trineo. Nuestra provisión de papas se ha agotado. Además, tenemos que aguantar que ocupen las calles estos norteamericanos. ¡Cuánto daría yo por ver otra vez aquí a los alemanes!

Nos alegró mucho saber que se estaban lanzando bombas V2. Ojalá mejoren algo nuestra situación. Anoche estuvimos esperando el discurso del *Führer*. Pero no habló. Todavía ayer me encontraba dispuesta a hacer cualquier cosa por el *Führer*, pero hoy estoy un poco desilusionada. ¿Será cierto que Himmler tiene encerrado a nuestro *Führer*? El alto mando no lo menciona ya. Yo creo en él y confío en él todavía: así como en un porvenir mejor.

La victoria pertenece a nuestra bandera, y tiene que acompañarla siempre.

“No queremos piedad. Vivir es luchar. Ser alemanes es ser fieles y yo permaneceré fiel a la obra y propósito de estos años. Criaré a mis hijos, inspirándoles los mismos principios, lo juro.”

(María Bierganz)

